

un año ántes que muriese, cómo la iba con Nuestro Señor, me dijo qué traya perpétua oracion y nunca se apartaba de la presencia de Su Majestad, ni deseaba más cumplimiento de su divina voluntad. Yo, como grosero y sin experiencia, ni sentimiento de aquellas mercedes, le dije: «Mudarse há ese estado.»

33. «Ella me respondió que no mudaría, y que había catorce años que la había puesto el Señor en aquel estado, y que tanto tiempo había que no tenía arrobamientos, porque si duráran, ya hubiera acabado la vida; pero que los mismos gustos le comunicaba sin arrobamientos, que en ellos solía tener; túvolos á los principios muy grandes; acontecíale de sólo oír nombrar á Dios, quedar por muchos ratos arrobada; y leyendo de noche las lecciones de los maitines, con sólo este nombre quedarse así en pié con la linterna en la mano, hasta que Dios la dejaba volver en sus sentidos.»

34. Una cosa rara puedo decir á vuestra paternidad, que para mí es de gran consuelo y aprobacion: de que fué orden de Nuestro Señor que ella escribiese su *Vida*: que le aconteció por veces, estándola escribiendo, quedarse arrobada, y acordándose muy bien en el punto que dejaba la escritura, cuando volvía en sí hallaba dos ó tres hojas escritas de su letra, mas no de su mano; y cierto, que quien leyere su vida y sus escritos, bien echará de ver que muchas veces le aconteció esto; porque la doctrina es más que humana, y que excede su capacidad y enciende las voluntades con la fuerza y calor de palabras como si fuese Sagrada Escritura, y con tener tan alto estilo, en el escribir con términos tan propios y elegantes, y en su conversacion tan cortésana y discreta: cuando se confesaba era tan sin artificio y encarecimiento, y con tan comunes y precisas palabras, que parecía una mujer comun y grosera, sin sentimientos ni regalos de Dios.

35. Yo digo á vuestra paternidad, que me parecía una cuando la confesaba y otra cuando la conversaba. ¡Oh si acabasen de entender este punto algunas monjas y beatas y personas que se precian de espirituales, de cuántas palabras se ahorrarían ellas y de cuánto tiempo sus confesores! Piensan que está el negocio en decillo muy polido y con encareci-

mientos, que ántes disminuyen: no está sinó en acusarse bien, sin disculparse y sin los rodeos, de que algunos usan para darse á entender que son espirituales.

36. A esta escuela habían de venir, y á estos monasterios quella fundó, que aquí les enseñarán cómo se han de confesar y decir sus pecados, disimular su santidad, si la tienen: si con el confesor han de hablar otras cosas fuera de sus pecados, que son bien pocas, la misma licencia piden que para hablar á la red con sus parientes; y por tan sacrilegio tienen mezclar allí palabras impertinentes, como hablar por las ventanas de la calle.

37. Del libro de su *Vida* habrá vuestra paternidad entendido la amistad grande que tuvo con la Orden de nuestro padre Santo Domingo, y la ayuda que tuvo en los principales padres de esta Orden, y los beneficios que la suya ha recibido por medio de estos padres: es gusto que sepa el origen de esta amistad, que fué del cielo.

38. Yendo esta santa Madre una vez de Segovia á fundar otro monasterio, fué por el de Santa Cruz (insigne casa de Santo Domingo en aquella ciudad), á visitar la capilla que el mismo santo Padre edificó, y donde moró, y tuvo mucha oracion é hizo mucha penitencia, como el día de hoy hay muchas señales dello en las paredes. Entrando en la capilla, luégo al umbral de la puerta se postró, y estuvo como media hora postrada; los que la acompañaban, que eran muchas y graves personas, estaban esperando en qué había de parar tan larga oracion.

39. El padre fray Diego de Yangües, lector de teología de San Gregorio, de Valladolid, que era su confesor, y tenía particular amistad con ella, y uno de los que la acompañaban, como más familiar le preguntó: «Madre, ¿qué habeis habido, que así nos habeis hecho aquí esperar tanto á todos?» Ella le respondió: «Aparecióme nuestro padre Santo Domingo, y estuvo hablando conmigo, y dióme su palabra y mano de ayudarme en todas mis fundaciones.» Y así la ha cumplido el santo Padre, que todas las cosas graves que han sucedido á su Orden, les han venido por mano de los religiosos de esta Orden insigne.

40. Los primeros maestros que esta Santa tuvo en sus

principios fueron destos padres, que moraban en Avila y en Toledo: ellos la enseñaron, alumbraron, animaron y ayudaron para las cosas grandes que acometió. El padre fray Bartolomé de Medina, luz de las escuelas de Salamanca, aunque al principio que oía hablar de ella, murmuraba de sus cosas, despues que la conversó la amó mucho, y la favoreció y estimó.

41. El padre fray Domingo Bañez (1), que al presente es catedrático de prima en la misma ciudad, fué mucho tiempo su confesor y maestro; la santa Madre le estimó tanto, y quiso de tal manera, que cuando se opuso á la cátedra que ahora tiene, estaba ella en Toledo, y preguntándome de aquella oposicion, me dijo: «No he pedido en mi vida á Nuestro Señor cosa temporal para nadie, si no es que dé la cátedra á este padre:» debia de entender que tambien sería bien espiritual de muchos, y así se la dió Nuestro Señor.

42. El padre fray Diego Yangües, que queda dicho arriba, fué su confesor, y tuvo estrecha amistad con esta santa Madre muchos años. El padre fray Pedro Hernandez, provincial de su Orden, y gran varon, fué visitador apostólico de esta Orden, y fió tanto de esta santa Madre, aunque al principio la tuvo por sospechosa, que despues no disponia cosa en sus mandatos y Constituciones, sinó por el parecer de ella. Con autoridad de este padre, y con los medios de tanta prudencia, que puso acerca de esta Orden, comenzó á ganar crédito con el mundo y autorizarse con las personas.

43. El padre fray Juan de las Cuevas, que ahora es provincial, por comision del Papa Gregorio XIII, asistió en el primer Capítulo provincial que celebraron en Alcalá de Henares, cuando les fué dada excepcion del provincial de la Regla mitigada, quedando inmediatos al general, y esto sólo quanto á ser visitados por su misma persona.

44. Diré aquí una cosa notable, que supe del padre fray Nicolás de Jesús María, provincial que ahora es de la Orden de los Descalzos, hombre muy grave, letrado y santo; y contarla hé, porque le tengo por tan modesto y recatado en estas cosas, que no las dirá por ser tan en su favor, y no es justo

(1) Primero escribió *Ibañez*; pero despues borró la *I*.

que se callen. Cuando se trataba en Madrid con tantas fuerzas, como está dicho, de deshacer esta sagrada religion, estaban algunos frailes Descalzos en su defensa, entre los cuales era uno el sobredicho fray Nicolás, de nacion ginovés.

45. Mandó el nuncio de Su Santidad que todos los Descalzos se fuesen de la córte, y no quedase sinó el reverendo padre fray Nicolás, pareciéndole que así se acabarian más presto los negocios, porque le tenían por hombre de poca maña, y que se avendrian mejor con él; y es así, que aunque tiene una apariencia de hombre muy llano y fácil, es muy prudente y de mucha industria, y tal, que todos juntos no valian tanto como él solo, y como le tenían en otra opinion descuidábanse con él, y él no perdía punto.

46. Verdad es que no bastáran fuerzas humanas, si Dios no guiara los negocios por su divina disposicion. Andando, pues, en estos pleitos, con poca esperanza de la victoria, el padre fray Nicolás, que posaba en el Cármen, por tenerle más seguro, iba y venia á Nuestra Señora de Atocha á negociar con el padre fray Pedro Hernandez, su visitador apostólico, que era uno de los que más favor les daba, porque conocia á los frailes y monjas.

47. Saliendo una vez de la Villa para ir á hablarle, topó al salir de la calle de San Jerónimo un perro grande, blanco, y con unas manchas negras, como le suelen pintar á los piés de Santo Domingo, y fuese delante de él como seis ó siete pasos y de rato en rato volvía la cabeza atrás, como mirando si le seguía, como que le prometia favor, hasta que le puso á la puerta del padre visitador, y aunque entónces lo echó de ver, no dijo nada. Salió otra vez para ir á lo mismo y echó por otra calle, porque no le espiasen y entendiesen dónde iba, y al salir de la calle topó el mismo perro que le llevó de la manera que primero.

48. El padre fray Nicolás preguntó al padre fray Pedro Hernandez si tenía él algun perro como aquel, y contóle lo que pasaba; él se rió y dijo que no sabía de tal perro: duró esto de esta manera hasta que los negocios se acabaron en favor de la Orden, queriendo el santo padre Santo Domingo dar á entender en esto, que él era guarda de aquel padre y defensa de su Orden, y que por medio suyo se guiaban los nego-

cios, cumpliendo la palabra que habia dado en Segovia á la Santa Madre.

49. Despues de todo esto les fué dada la exencion, como ya queda ántes dicho. Finalmente, tiene esta Orden gran obligacion al santo Padre, pues los principios, medios y fines de toda su prosperidad, les vino por medio suyo y por las personas de su Orden.

50. En estos tiempos no se descuidaba la santa Madre de los negocios, por una parte, importunando á Dios con oraciones y lágrimas, y como si Él á solas lo hobiera de hacer todo, y por otra parte puso todos los medios posibles de prudencia humana, como si por sola su diligencia se hobiera de alcanzar victoria: rogaba á unos, escribia á otros informando de su justicia y de la verdad; enténdiase en Madrid con hombres muy discretos y cristianos, que guiaban sus cosas, especialmente con un hidalgo muy pio y de mucha prudencia, criado del rey don Felipe, nuestro señor, que se llamaba Juan Lopez de Velasco: éste le daba aviso de lo que pasaba.

51. Véanse muy bien los trabajos y diligencias, que esta santa Madre tuvo, en un gran volúmen de cartas que yo tengo, unās de su letra y otras de su firma, que escribió en esta sazón á Roque de Huerta. Escribió al rey don Felipe, nuestro señor, en abono de un padre y de su Orden, una breve y compendiosa y discretísima carta que yo tengo, la cual movió á Su Majestad á que tomase á su cargo las cosas de su Orden; y así se escribió á Roma; y con estas diligencias se acabaron las diferencias y se hizo provision distinta de la Regla mitigada, con muchos privilegios y gracias que les concedió el Papa Gregorio XIII.

52. Los trabajos que hasta esto se pasaron por espacio de cuatro años, ni se pueden encarecer ni referir, porque unos estaban presos, otros huidos, otros arrinconados, otros infamados de cosas muy graves, y la santa Madre recogida en un monasterio, con la infamia que queda dicha. Las cartas que dijo que escribió de estos negocios, no las envió por ser de su letra, y que no las oyo fiar de nádie: mostrarlas hé á vuestra paternidad cuando nos veamos, con condicion que no se me ha de quedar con ellas.

53. No quiero que se me pase por alto una cosa que me

pasó con ella en Medina del Campo. Yendo yo á decir misa á su monasterio de monjas, diéronme un paño muy oloroso para lavarme las manos; y yo, inconsiderado, me ofendí de ello, y la dije despues que mandase quitar aquel abuso de sus monasterios; porque como me parecia bien que los corporales y paños que están en el altar estén olorosos, así me parecia mal que los otros paños comunes que son para limpiar las inmundicias lo estuviesen. Ella me respondió con un donaire y gracia extremada, y me dijo: «Mire, no se canse, y sepa que esa imperfeccion toman mis monjas de mí.

54. »Pero cuando me acuerdo que Nuestro Señor se quejó al Fariseo en el convite que le hizo, porque no le habia recibido con mayor regalo, desde el umbral de la puerta de la iglesia, querria que todo estuviese bañado en agua de ángeles.» De esta manera confundió mi inconsideracion, y me abrió los ojos para mirar de allí adelante de otra manera las cosas próximas y remotas de este Sacramento. De aquí han venido sus frailes y sus monjas á ser tan esmerados en esto, que no hay semejante limpieza de altares en ninguna parte del mundo, que yo conozca.

55. Si no temiera cansar á vuestra paternidad con tantas particularidades, mil cosas de estas le dijera, porque todas sus palabras eran de gran peso y magisterio de virtud y devocion. Una cosa diré, que no se puede excusar, para que se vea los términos á que trae Nuestro Señor á sus Santos y la diferencia de afectos que sienten en diversos estados. Tratando una vez de los principios de su vida espiritual, me dijo: «Vime un tiempo tan mal conmigo, y con tanto deseo de vengarme de mí misma, y padecer por Nuestro Señor, que deseaba me prendieran y castigáran por la Inquisicion; porque con ménos que esto no podia satisfacer al aborrecimiento que tenía de mí.»

56. Dijo esto, porque como en aquel tiempo comunicaba con sus confesores las visiones de Nuestro Señor, para no ser engañada, y ellos se escandalizaban, estuvo á punto de ser presa, hasta que fué examinada por los mejores letrados de aquel tiempo; «mas despues que comencé á fundar estos monasterios, me pesaria mucho si me prendiesen, porque no se desacreditasen por mí;» en fin, que vino á amarse y holgar

de ser honrada y estimada por la gloria de Dios y provecho de sus hijos. Y con ser sus deseos de verse con Dios vehemētisimos, llegó á desear vivir por padecer más por Él, y pedía con la Esposa, *fulcite me floribus*; y así lo explicó ella en este lugar.

57. ¿Para qué, esposa de Dios, pedís confortativos para vivir? ¿Qué mejor muerte podeis desear que de amor? ¿Amais y veis morir de amor y deseais vivir? Sí, porque deseo sustentar la vida para servirle y padecer. Estando con esta llama de amor, decía á Nuestro Señor: «¿Cómo se puede vivir muriendo?» Respondióle Su Majestad: —Hija, pensando, que acabada esta vida no me podrás más servir, ni padecer por mí.»

58. Con estas flores y manzanas esforzó Dios su enfermedad, é hizo que le fuese agradable la vida enferma de amor. Por esta misma causa deseaba ser honrada y estimada, y en algun tiempo pidió importunamente á Nuestro Señor que quitase de los hombres la opinion que tenían de que era santa; mas despues que se vió tan favorecida de Dios, y que Su Majestad habia puesto tantas cosas en ella, y tomádola por instrumento para resucitar esta Orden, vivía con cuidado de que no pareciesen en ella imperfecciones.

59. Cuando dije la habia topado en Osma, me dijo, que se habia turbado en verme, y pareciéndole que habia dicho mal, y que me habia de parecer demasiado oír que se habia turbado, luégo se corrigió y satisfizo, diciendo: «Y poca fué la turbacion, que no fué más que un momento.» Yo lo eché de ver mucho, y me maravillé de verla tan advertida; mas cuando leí que Nuestro Señor la habia dicho, cuando le pedía que quitase de los hombres la opinion de santa que de ella tenían: «Hija, no te se dé nada, que ó murmurarán de tí ó me darán gloria á Mí, y en todo ganarás tú,» me consolé y dí gracias á Nuestro Señor, que tan agradable la hizo en su presencia y me la dejó conocer y conversar.

60. Paréceme que esto es muy conforme á lo que vuestra paternidad dijo en los *Cantares*, exponiendo aquellas palabras: *Quis det te fratres mei*, etc., que como no parece mal á una doncella que en las plazas besa á un hermanito suyo, así está muy bien á las almas santas preciarse en todo lugar de

esposas de Jesucristo y desear parecer tales; y á este estado deseaba la Esposa llegar, cuando le deseaba hallar niño de teta en los lugares públicos, y besar y preciarse dél sin temor de ser por eso tenida en ménos, si no más estimada. A este estado vienen muy pocos, y á muy pocos les está bien preciarse de esto, porque les falta el fundamento, que les asegura de la verdadera humildad.

61. Pero á este estado llegó San Francisco, cuando se alegraba que habia de ser tenido por santo; y San Vicente, cuando entendió que habia de ser canonizado; y San Jerónimo, cuando contaba sus virtudes; y, sobre todos, San Pablo, que se comparaba con San Pedro y se acreditaba con el mundo contando sus trabajos, encareciendo sus virtudes, excusando sus hechos, defendiendo su autoridad, certificando á la Iglesia que tenía espíritu de Dios, y que sus palabras y predicacion se habian de recibir y estimar como dichas por el mismo Dios; y así, se ponía á sí mismo por ejemplo de perfeccion, diciendo: «Sed mis imitadores, como yo soy de Jesucristo;» á todos estos santos, y especialmente á los fundadores de las religiones, les está bien besar en la plaza á este hermanito que mama los pechos de su madre, y preciarse de hermanos imitadores suyos; pues tantos testimonios tienen de que sean la gloria de Dios, y no se acuerdan de sí en cuanto hacen y dicen, sinó de Aquel que vive en ellos y en quien ellos viven.

62. A este estado vino esta santa mujer, cuando se temía que pareciesen en ella imperfecciones, y excusaba sus hechos y se holgaba de sus escritos, obras y conversacion, pareciese bien á los hombres, porque se imaginaba esposa de Jesucristo, hermana de este Niño, fundadora de esta Orden, y maestra de virtud, á quien muchos habian de imitar, y que no buscaba sus intereses, sinó la gloria de su Esposo.

63. Para este fin dejó escrita de su mano una discretísima y larga relacion de las personas con quien comunicó su alma, obras y revelaciones y coloquios de Nuestro Señor, que habia tenido, desde que comenzó este camino de oracion y recogimiento, donde parece haber comunicado con los principales letrados y más espirituales religiosos, que en su tiempo habia en España; especialmente, comunicó, del Orden de Santo Domingo, á los padres fray Bartolomé de Medina; fray Domin-